

no de tu parte, sino de aquellos con quien tratas y vives, que darán ocasion á tu confesor para que te diga no comulgues tan á menudo. Por ejemplo : si tú te hallas debajo de alguna sujecion, y que aquellos á quien debes la obediencia y reverencia son tan mal instruidos y sospechosos, que se inquietan y alborotan en verte comulgar tan á menudo ; por ventura, considerado bien, será lo mejor condescender con su gusto, y no comulgar sino de quince en quince dias, entendiendo esto en caso que no se pueda de ninguna manera vencer la dificultad. No se puede quitar esto en general ; sólo se ha de hacer lo que el confesor aconsejare. Bien es verdad que puedo asegurar que la mayor distancia de las comuniones es la de mes á mes entre los que quieren servir á Dios devotamente.

Si fueres prudente, no hay ni padre ni madre que puedan estorbarte el comulgar á menudo ; y esto porque el dia de tu comunion no por eso te olvidas del cuidado ordinario de tus obligaciones segun tu estado, mostrándote ántes más apacible y afable con tus padres, superiores ó amos, no rehusándoles ninguna suerte de justa peticion que te hagan. Con lo cual, no hay apariéncia de que quieran apartarte de ejercicio tan virtuoso, viendo que no les trae ninguna incomodidad ; sino es que fuesen de un natural por extremo áspero y poco llegado á razon ; y en este caso (como ya te he dicho) aconsejaráste siempre con tu padre espiritual, tomando tu resolucion de la que él te diere.

Habré de decir una palabra á los casados. Hallaba Dios malo en la ley vieja que los acreedores pidiesen lo que se les debia en los dias de fiesta ; pero no hallaba malo que los deudores pagasen y volviesen lo que debian á sus acreedores. Cosa es indecente (aunque no gran pecado) el solicitar la paga de la deuda nupcial el dia que se comulga, pero no es cosa mal sonante, ántes meritoria el cumplirla ; y así por esto, ninguno debe dejar de comulgar porque rinda la paga de la tal deuda, si la devocion le provoca á este justo deseo. En la primera iglesia los cristianos comulgaban todos los dias, aunque fuesen casados y benditos de la generacion de los hijos. Por esto pues he dicho que la frecuente comunion no traerá ninguna suerte de incomodidad ni á los padres ni á las mujeres ni á los maridos, con que el alma que comulga sea prudente y discreta.

Cuanto á las enfermedades corporales no hay ninguna que pueda estorbar legitimamente esta santa participacion, sino es la que muy de ordinario provoca al vómito.

Para comulgarse cada ocho dias conviene no tener ni pecado mortal ni ninguna aficion al pecado venial, y tener un gran deseo de la comunion ; mas para la continuacion de cada dia es menester, ademas desto, haber rendido la mayor parte de las malas inclinaciones, y que esto sea (como tengo dicho) por el aviso del padre espiritual.

TERCERA PARTE DE LA INTRODUCCION,

EN LA CUAL SE CONTIENEN MUCHOS AVISOS NECESARIOS AL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE LA ELECCION QUE SE DEBE HACER CUANTO AL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES.

El rey de las abejas no se sienta en los campos si no está rodeado de todo su pequeño pueblo. Así la caridad no entra jamas en un corazon que no aloje consigo todo el acompañamiento de las otras virtudes, ejercitándolas y poniéndolas en obra, como hace un capitan á sus soldados ; pero no las ejercita todas de una vez ni igualmente, ni en todos tiempos ni en todos lugares. El justo es como el árbol que está plantado sobre la corriente de las aguas, el cual da su fruto á su tiempo, por cuanto la caridad, regando un alma, produce en ella las obras virtuosas, cada una en su sazón. La música (aunque en sí tan agradable) es importuna y enfadosa en un luto ó entierro, dice el proverbio. Es una gran falta en muchos, que aplicándose al ejercicio de alguna virtud particular, porfian en cualquier tiempo y ocasion que las acciones no salgan nada de aquello que desean, como aquellos antiguos filósofos, que

siempre lloraban ó siempre reian ; y aun hacen peor cuando menosprecian y censuran á los que como ellos no ejercitan siempre estas mismas virtudes. « Es menester alegrarse con los alegres y llorar con los que lloran (dice el Apóstol), y la caridad es paciente, benigna, liberal, prudente y condescendiente. »

De la misma manera hay virtudes cuyo uso ha de ser casi universal, y que no solamente deben ejercerse sus acciones aparte, sino ántes tomar sus calidades y acciones de todas las otras virtudes. No siempre se ofrece ocasion de practicar la fuerza, la magnanimidad, la magnificencia ; pero la apacibilidad, la templanza, la honestidad y la humildad son ciertas virtudes con las cuales todas las acciones de nuestra vida deben ir mezcladas. Virtudes hay más excelentes, mas no por eso su uso será tan necesario. El azúcar es más excelente que la sal ; mas la sal tiene más frecuente y general uso. Por esto se debe siempre tener buena y pronta provision destas virtudes generales, pues se ha de servir dellas casi de ordinario.

Entre los ejercicios de las virtudes debemos preferir aquel que es más conforme á nuestra obligacion, y no á nuestro gusto. Era el gusto de santa Paula el ejercitarse en la aspereza de las mortificaciones corporales, para gozar más fácilmente de los regalos espirituales ; mas no por eso dejaba de tener más obligacion á la obediencia de sus superiores. Por esto san Jerónimo la tenia por digna de reprehension, viendo que, contra el parecer de su obispo, se ejercitaba en inmoderadas abstinencias. Al contrario, los apóstoles, que tenían cargo de predicar el Evangelio y distribuir á las almas el pan celeste, juzgaban que era indecente el embarazarse para este santo ejercicio por practicar la virtud del cuidado de los pobres, aunque de si es tan excelente. Cada estado ha menester practicar alguna especial virtud. Unas son las virtudes de un prelado, otras las de un príncipe, otras las de un soldado, otras las de una mujer casada, y otras las de una viuda ; y aunque todos estos deben tener todas las virtudes, no por eso deben todos practicarlas igualmente, sino que cada uno debe particularmente darse á las que se requieren al género de vida que pasa.

Entre las virtudes que no miran á nuestra obligacion particular debemos preferir las más excelentes, y no las más apa-

rentes. Los cometas parecen ordinariamente más grandes que las estrellas, y ocupan mucho más lugar en nuestra vista ; mas no por eso deben compararse ni en grandeza ni en calidad á las estrellas : ellos parecen grandes sólo por cuanto están cerca de nosotros, y en un sujeto más grosero en comparacion de las estrellas. De la misma manera hay ciertas virtudes, las cuales por estar cerca de nosotros, sensibles, ó por mejor decir materiales, son en extremo estimadas y preferidas siempre del vulgo. Así prefieren algunos comunmente la limosna temporal á la espiritual, el silicio al ayuno, la desnudez á la disciplina, y las mortificaciones del cuerpo á la dulzura, benignidad, modestia y otras mortificaciones del corazon. Escoge pues, Filotea, las mejores virtudes, y no las más estimadas ; las más excelentes, y no las más aparentes ; las mejores, y no las más bizarras.

Á cualquiera es muy provechoso el escoger un ejercicio particular de alguna virtud, y esto no para dejar las otras, sino para mejor tener el espíritu ejercitado y ocupado. Una hermosa y jóven doncella más reluciente que el sol, vestida y ornada realmente, y coronada con una corona de oliva, apareció á san Juan, obispo de Alejandría, y le dijo : « Yo soy la hija mayor del Rey : si tú me puedes alcanzar por tu amiga, yo te llevaré delante su cara. » Conoció que era la misericordia para con los pobres la cual Dios le encomendaba ; causa por qué despues se dió de manera al ejercicio desta virtud, que era llamado de todos san Juan el Limosnero. Eulogio Alejandrino, deseando hacer algun servicio particular á Dios, y no hallándose con bastante fuerza, ni para abrazar la vida solitaria ni para ponerse debajo la obediencia de otro, recogió consigo un pobre hombre en extremo leproso y llagado, para ejercitar con él la caridad y mortificacion ; y para que pudiese conseguir esto mejor, hizo voto de honrarle, tratarle y servirle como un criado haria á su amo ó señor. Consintieron despues, así Eulogio como el leproso, en una tentacion, que era de apartarse el uno del otro ; sobre lo cual aconsejándose con el gran san Antonio, les dijo : « Guardáos bien, hijos míos, de apartaros el uno del otro ; porque hallándoos los dos cerca de vuestro fin, si el ángel no os halla juntos, correréis gran peligro de perder vuestras coronas. »

El rey san Luis visitaba los hospitales, y servia los enfermos con sus propias manos. San Francisco amaba sobre todo á la pobreza á la cual llamaba *su señora*; santo Domingo la predicacion, de la cual su orden ha tomado el nombre. San Gregorio el Magno se deleitaba en acariciar los peregrinos, á ejemplo del gran Abraham; y como él tambien en forma de peregrino recibió al mismo Rey de gloria. Tobias se ejercitaba en la caridad de amortajar los difuntos. Santa Isabel, con ser tan grande princesa, amaba sobre todo el menosprecio de si misma. Santa Catalina de Génova, luego que enviudó, se dedicó al servicio de un hospital. Casiano cuenta que una devota doncella, deseosa de ejercitarse en la virtud de paciencia, acudió á san Atanasio, el cual, á petición suya, la dió por compañera una pobre viuda, enojosa, colérica, enfadada y insufrible; de cuya mala condicion perseguida la devota doncella, tenia no pequeña ocasion para practicar la apacibilidad y mansedumbre. Así entre los siervos de Dios los unos se dan á servir los enfermos, los otros á procurar el adelantamiento de la doctrina cristiana, enseñándosela á los de tierna edad; los otros á encaminar é instruir las almas perdidas y descarriadas; los otros á adornar los templos y honrar los santos; y los otros á procurar la paz y concordia entre los hombres. En lo cual imitan á los bordadores, que sobre diversos fondos ponen con hermosa variedad las sedas, et oro y la plata para hacer todas suertes de flores; porque de la misma manera las almas piadosas que se emplean en algun particular ejercicio de devocion, se sirven del tal como de un fondo para su bordado espiritual, sobre el cual practican la variedad de todas las otras virtudes, teniendo desia suerte sus acciones y aficiones mejor unidas y pareadas; y esto por la conveniencia que tienen con su principal ejercicio, con que pueden decir que á su espíritu

En su vestido, de oro recamado,
La aguja varias flores ha sembrado.

Cuando nos sentimos combatidos de algun vicio, nos conviene, cuanto nos sea posible, abrazar la práctica de la virtud contraria, encaminando á esta las demas; porque por este medio venceremos nuestro enemigo, y no dejaremos de adelantarnos en todas las virtudes. Si yo me siento combatido de

soberbia ó de cólera, conviene que en toda cosa me incline y vuelva al lado de la humildad y afabilidad, encaminando á este fin los otros ejercicios, como la oracion, los sacramentos, la prudencia, la constancia y la templanza: porque como los jabalis para aguzar los colmillos los aprietan y estriegan con los otros dientes, los cuales reciprocamente quedan afilados y agudos; así el hombre virtuoso, habiendo emprendido el perfeccionarse en la virtud de que tiene más necesidad para su defensa, la debe limar y afilar con el ejercicio de las otras virtudes. Las cuales afilando las otras, quedan todas más excelentes y mejor pulidas, como sucedió á Job, que ejercitándose particularmente en la paciencia contra tantas tentaciones como tuvo, se hizo perfectamente santo y virtuoso en toda suerte de virtudes. Y como dice san Gregorio Nazianceno, que por una sola accion de alguna virtud bien y perfectamente ejercitada, vino una persona á la cumbre de las demas virtudes; alegando á este propósito á Rahab, la cual, habiendo con puntualidad ejercitado el oficio de la hospitalidad, llegó á una gloria suprema. Y entiéndese esto cuando tal accion se ejercita con excelencia y fervor de caridad.

CAPÍTULO II.

DE LA NECESIDAD DE LA CASTIDAD.

La castidad es la flor de las virtudes: esta hace á los hombres casi iguales á los ángeles; nada es hermoso no acompañado de la limpieza, y la limpieza de los hombres es la castidad. Llámase la castidad honestidad, y su profesion honra. Llámase tambien integridad, y su contrario corrupcion. Tiene, fuera desto, su gloria separada, por ser la hermosa y blanca virtud del alma y del cuerpo.

Jamas nos es permitido dar á nuestros cuerpos ningun impúdico placer, de ninguna manera que sea, sino en legitimo matrimonio, del cual la santidad puede, por una justa compensacion, reparar la falta que causa la delectacion. Tambien en el matrimonio se ha de observar la honestidad de la intencion;

porque, si hay alguna malicia en el deleite, no haya sino honestidad en la voluntad.

El corazon casto es como la madre-perla, que no puede recibir ni una gota de agua no viniendo del cielo; y así él no puede recibir ningun placer sino el del matrimonio, el cual es ordenado del cielo. Fuera desto, no es permitido ningun pensamiento deshonesto, voluntario y entretenido.

Cuanto al primer grado desta virtud, guárdate, Filotea, de admitir ninguna suerte de deleite que sea prohibido y defendido, como son aquellos que se reciben fuera del matrimonio; de la misma manera en el matrimonio, cuando se usan fuera de la regla del matrimonio.

Cuanto á lo segundo, te apartarás cuanto te sea posible de los deleites inútiles y superfluos, aunque lícitos y permitidos.

Cuanto á lo tercero, no pondrás toda tu aficion en los placeres deleitosos que son mandados y ordenados, porque aunque se hayan de usar los deleites necesarios, esto es, los que miran al fin y institucion del santo matrimonio, no por eso debemos atar á ellos el corazon y el espíritu.

En lo demas todos tienen gran necesidad desta virtud. Los que están en viudez deben tener una animosa castidad, y que no sólo menosprecien los objetos presentes y futuros, pero que resistan á las imaginaciones que los placeres lícitamente recibidos en el matrimonio pueden producir en su espíritu; los cuales por esto son más fáciles á los atraimientos deshonestos. Á este propósito san Agustín encarece la pureza de su amado Alipio, el cual habia totalmente olvidado y menospreciado los deleites carnales, habiéndolos, no obstante esto, experimentado en su juventud. Y es cierto que mientras los frutos están enteros, pueden conservarse, unos sobre la paja, otros entre la arena, y otros en su propio follaje; pero estando una vez decentados, es casi imposible el guardarlos, si no es en conserva de miel y azúcar. Así la castidad que no está aun tocada ni violada, puede guardarse de muchas maneras; pero estando una vez sentida ó decentada, nada la puede conservar sino una excelente devocion, la cual (como ya he dicho muchas veces) es la verdadera miel y azúcar del espíritu.

Las virgenes han menester una castidad extremadamente simple para despedir de su corazon toda suerte de curiosos pensa-

mientos, y menospreciar con un absoluto menosprecio toda suerte de placeres inmundos; los cuales verdaderamente no merecen ser deseados de los hombres, pues más que los hombres, son capaces dellos los jumentos y brutos. Guárdense pues estas almas puras de dudar que la castidad no sea incomparablemente mejor que todo aquello que la es incompatible porque (como dice el gran san Jerónimo) el enemigo aprieta violentamente las virgenes, provocándolas al deseo de la prueba de los deleites, representándoselos infinitamente más gustosos y regalados de lo que ellos son; lo cual muchas veces las inquieta mucho, por cuanto (dice este santo padre) ellas tienen por más dulce y gustoso aquello que ignoran. Porque, como la pequeña mariposa, viendo la llama, va curiosamente volando al rededor della, por probar si es tan dulce como hermosa, y apretada desta fantasia, no cesa hasta que se pierde á la primer prueba; así la gente moza muy de ordinario se deja de tal manera asaltar de la falsa y loca estimacion que hacen del placer de las llamas lascivas, que despues de muchos curiosos pensamientos, se van en fin á arruinar y perder: más locos en esto que la mariposa, por cuanto esta tiene alguna ocasion de pensar que el fuego sea regalado, pues es tan hermoso; y ellos, sabiendo que aquello que buscan es por extremo deshonesto, no dejan por tanto de preferir la loca y brutal delectacion.

Pero cuanto á los casados, es cierto (no obstante que el vulgo no lo siente así) que les es muy necesaria la castidad, por cuanto esta en ellos no consiste en abstenerse absolutamente de los placeres carnales, sino en el contenerse entre los placeres. Así como este mandamiento: « Enojáos, y no pequéis », á mi parecer más difícil que este: « No os enojéis », y que es ántes más fácil el evitar la cólera que el reglalla; así es también más fácil el guardarse de todo punto de los deleites carnales que el guardar en ellos la moderacion. Verdad es que la santa licencia del matrimonio tiene una fuerza particular para apagar el fuego de la concupiscencia; mas la flaqueza de los que dél gozan, pasa fácilmente de la permission á la dissolution, y del uso al abuso. Y como se ve que muchos ricos hurtan, no por necesidad, sino por avaricia; así también se ve mucha gente casada desreglarse á los placeres ilícitos sólo por

intemperancia y lubricidad, no obstante el legítimo objeto con el cual se debrian y podrian contentar; siendo su concupiscencia como un fuego ligero que va quemando á una parte y á otra, sin asirse á ninguna parte. Es siempre peligroso el tomar medicamentos violentos, por cuanto, si se toman más de lo necesario, ó que no estén bien preparados, se recibe gran daño. El matrimonio ha sido ordenado en parte para el remedio de la concupiscencia, y es sin duda un bonísimo remedio, pero violento y por el consiguiente, peligroso, si no se usa con discrecion.

Añado á esto que la variedad de los negocios humanos, fuera de las grandes enfermedades de que suele ser causa, aparta muchas veces los maridos de con sus mujeres. Por esto tienen los maridos necesidad de dos suertes de castidad: la una por la abstinencia absoluta que deben tener cuando están separados en las ocasiones que he dicho: y la otra por la moderacion que deben observar hallándose juntos. Es cierto que santa Catalina de Sena vió entre los condenados muchas almas en extremo atormentadas por haber violado la santidad del matrimonio; lo cual sucedió (decia la misma santa), no por la grandeza del pecado, porque los homicidios y las blasfemias son más enormes, sino por cuanto los que le cometen no hacen caso dél, y por el consiguiente continúan en él argo espacio.

Bien ves tú pues que la castidad es necesaria á toda suerte de gentes. « Seguid la paz con todos (dice el Apóstol), y la santidad, sin la cual ninguno verá á Dios. » Por la santidad pues se entiende la castidad, como san Jerónimo y san Crisóstomo lo han bien notado. No, Filotea, ninguno verá á Dios sin la castidad; ninguno habitará en su santo tabernáculo, que no sea limpio de corazon; y como dice el mismo Salvador, los sucios y deshonestos serán desterrados, y bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.

CAPÍTULO III.

AVISO PARA CONSERVAR LA CASTIDAD.

Estarás siempre, Filotea, pronta y aparejada á apartarte de todos los caminos, halagos y cebos de la lubricidad, porque

este mal crece insensiblemente, y por pequeños principios hace progreso á grandes accidentes. Mucho más fácil es el huirle que el sanarle.

Los cuerpos humanos parecen á los vidrios, que no pueden traerse tocándose los unos con los otros, sin peligro de romperse; y á los frutos, los cuales, aunque enteros y en su sazón, no dejan de recibir gran daño tocándose los unos con los otros. El agua tambien, por fresca que esté en un vaso, siendo tocada de algun animal terrestre no puede conservar largo espacio su frescura. No permitas pues, Filotea, que ninguno te toque livianamente, ni por manera de burla ni juego; porque, aunque puede ser conservarse la castidad por estas acciones ántes livianas que maliciosas, no por eso deja de recibir mengua y detrimento la frescura y flor de la castidad; y cuanto al dejarse tocar deshonestamente, es siempre la total ruina de la castidad.

La castidad depende del corazon, como de su origen, pero mira al cuerpo como su materia. Por esto pues se pierde por todos los sentidos exteriores del cuerpo, y por los pensamientos y deseos del corazon. Impudicicia es el mirar, oír, hablar, oler y tocar cosas deshonestas, cuando el corazon se detiene y recibe en ello gusto; y san Pablo dice que no sólo no se ha de pensar en la fornicacion, pero ni aun mentarla. Las abejas no sólo no quieren tocar los cuerpos muertos, sino que huyen y aborrecen con extremo toda suerte de hediondez y mal olor. La sagrada Esposa, en el *Cántico de los Cánticos*, tiene sus manos que distilan mirra, licor preservativo de la corrupcion; sus labios son de un rubí purpúreo, señal de la vergüenza de palabras; sus ojos de paloma, por causa de su limpieza; sus orejas tienen zarcillos de oro, muestra de pureza; su nariz semeja á los cedros de Libano, madera incorruptible. Tal debe ser el alma devota: casta, limpia y honesta de manos, de labios, de orejas, de ojos y de todo su cuerpo.

Á este propósito quiero traerte lo que el anciano padre Juan Casiano dice como pronunciado de la boca del gran san Basilio; el cual, hablando de si mismo, dijo un dia: « Yo no sé lo que son mujeres; y con todo eso, no soy virgen. » Verdaderamente la castidad se puede perder de tantas maneras como hay deshonestidades y lascivias; las cuales, segun son grandes

ó pequeñas, las unas la debilitan, las otras la hieren y las otras de todo punto la matan. Hay otras pasiones, no sólo indiscretas, pero viciosas; no sólo locas, pero deshonestas; no sólo sensuales, pero carnales; y por estas la castidad queda por lo ménos muy ofendida y interesada. Dije por lo ménos, por cuanto muere y parece de todo punto cuando las lascivias dan á la carne el último efecto de placer deleitoso; porque entónces padece la castidad más indigna y desventuradamente que cuando se pierde por la fornicacion, y no sólo por la fornicacion, pero por el adulterio y incesto: porque estas últimas especies de topezas no son sino pecados, pero las otras (como dice Tertuliano en el libro de la *Honestidad*) son mónstruos de iniquidad y pecado. Casiano no cree, ni yo tampoco, que san Basilio tropezase en este desconcierto, cuando se acusa de no ser virgen: y así, pienso que no decia esto sino por los malos y viciosos pensamientos, los cuales aunque no hubiesen manchado su cuerpo, habian no obstante contaminado su corazon, cuya castidad celan en extremo las almas generosas.

No converses de ninguna manera con las personas deshonestas, principalmente si son tambien escandalosas (como lo son casi siempre); porque, como los cabrones cuando tocan con la lengua los almendros dulces los vuelven amargos, así estas almas hediondas y corazones infectados no hablan á nadie, ni del uno ni otro sexo, que no le hagan apartarse algo de la honestidad. Tienen los tales el veneno en los ojos y en el aliento, como los basiliscos.

Tratarás pues las gentes castas y virtuosas; pensarás y leerás á menudo en las cosas sagradas, porque la palabra de Dios es casta y hace á los que se deleitan en ella castos; y así, la compara David al topacio, piedra preciosa, la cual por su propiedad mitiga el ardor de la concupiscencia.

Considérate siempre cerca de Jesucristo crucificado, espiritualmente por la meditacion, y realmente por la santa Comunión; porque, de la misma manera que los que descansan sobre la yerba llamada agnocasto se hacen castos y honestos, de la misma manera, reposando tu corazon en nuestro Señor, que es el verdadero Cordero casto y sin mácula, verás cuán presto tu alma y tu corazon se hallarán purificados de toda lubricidad y torpeza.

CAPÍTULO IV.

DE LA AMISTAD, Y PRIMERAMENTE DE LA MALA Y FRÍVOLA.

El amor tiene el primer lugar entre las pasiones del alma; este es el rey de todos los movimientos del corazon, el cual convierte todo lo demas en sí, y nos hace tales cual es la cosa amada. Ten cuenta, pues, Filotea, de no tener ningun mal amor, porque á la misma hora serás tú tambien de todo punto mala. La amistad pues es el más peligroso amor de todos, porque los otros amores pueden ser sin comunicacion; pero como la amistad está totalmente fundada sobre ella, es casi imposible tenerla con una persona sin participar de sus calidades.

1. Todo amor no es amistad, porque podemos amar sin ser amados, y entónces hay amor, pero no amistad; y esto por cuanto la amistad es un amor recíproco, y no siendo recíproco, ya no es amistad.

2. Y aun no basta que sea recíproco, sin que las partes que se aman sepan su recíproca afición; porque si estas la ignoran, tendrán amor, mas no amistad.

3. Es menester con esto que haya entre ellas alguna suerte de comunicacion, que sea el fundamento de la amistad.

Segun la diversidad de las comunicaciones, la amistad tambien es diversa, y las comunicaciones son diferentes, segun la diferencia de los bienes que se comunican. Si estos son bienes falsos y vanos, la amistad es falsa y vana; si son verdaderos, la amistad será verdadera; y cuanto más excelentes fueren los bienes, tanto más excelente será la amistad: porque, así como la miel es más excelente cuando se coge de las flores más exquisitas, así el amor fundado sobre una más exquisita comunicacion es el más excelente; y como hay miel en Heraclia del Ponto que es venenosa y vuelve locos á los que della comen, por cuanto se coge sobre el acónito, de que es abundante esta region, -- así la amistad fundada sobre la comunicacion de falsos y viciosos bienes, es de todo punto falsa y mala.

La comunicacion de los vicios carnales es una reciproca propension y cebo bruto, la cual no puede ni debe tener nombre de amistad entre los hombres, más que la de los jumentos y caballos en semejantes efectos. Y si no hubiera ninguna otra comunicacion entre los casados, tampoco habria ninguna amistad; mas por cuanto fuera desta tienen la comunicacion de la vida, de la industria, de los bienes, de la aficion y de una indisoluble fidelidad, es la del matrimonio una amistad verdadera y santa.

La amistad fundada en la comunicacion de los placeres sensuales es de todo punto grosera, y indigna del nombre de amistad, como tambien la que se funda en virtudes frivolas y vanas, por cuanto estas virtudes dependen tambien de los sentidos.

Llamo placeres sensuales los que están asidos inmediatamente y principalmente á los sentidos exteriores, como el placer de ver una hermosura, de oír una dulce voz, ó la de varios instrumentos, y otros semejantes.

Virtudes frivolas llamo ciertas habilidades y calidades vanas, á quien los juicios apocados llaman virtudes y perfecciones. Si oyes hablar la mayor parte de las mujeres y de la gente moza, verás que dirán siempre: Fulano es muy virtuoso, tiene muchas perfecciones; danza bien, juega bien á todas suertes de juegos, vístese bien, canta bien, tiene buen talle; y desta manera tienen las más veces á los charlatanes por los más virtuosos, siendo estos bufones y hombres juglares. Como esto pues mira á los sentidos, así tambien las amistades que de aquí resultan, se llaman sensuales, vanas y frivolas, y merecen ántes el nombre de locuras que de amistades. Estas son de ordinario las amistades de la gente moza, fundada sólo en el mostacho relevado, en el cabelló crespo, en las miraduras lascivas, en los vestidos de gala, y en la charlataneria y discursos vanos: amistades dignas de los amantes, que no tienen ninguna virtud sino en apariencia, ni ningun juicio sino en agraz. Tales amistades no son sino de paso, y así se acaban y deshacen como la nieve al sol.

CAPITULO V.

DE LOS AMORES VANOS

Quando estas amistades locas se practican entre gente de diverso sexo y sin pretension de matrimonio, se llaman amores vanos, porque no siendo sino ciertos abortos ó fantasmas de amistad, no pueden tener el nombre de amistad ni de amor verdadero, por su incomparable vanidad y imperfeccion. Por estas pues los corazones de los hombres y de las mujeres quedan presos, empeñados y entretajidos los unos con los otros con vana y loca aficion, fundada sobre frívola comunicacion y errados entretenimientos, de los cuales he hablado arriba. Y aunque estos amores locos paran de ordinario y se abisman en carnalidades y lascividades deshonestas, no por eso es este el primer designio de los que los ejercen, porque entónces ya no serian vanos amores, sino deshonestidad y fornicacion manifiesta. Asimismo se pasarán á veces muchos años sin que suceda entre los que son tocados desta locura ninguna cosa que sea directamente contraria á la castidad del cuerpo, no alargándose los tales á más que comunicarse los corazones con deseos, suspiros, ternezas y otras semejantes boberías y vanidades, haciéndolo por diversas pretensions. Los unos no tienen otro designio sino el satisfacer y hartar sus corazones, enamorando así los ajenos como los propios, siguiendo en esto su amorosa inclinacion. Estos no miran otra cosa en la eleccion de sus amores sino á su gusto y instinto, pues luego que se les ofrece algun sugeto agradable, sin examinar su interior ni calidad, comienzan esta comunicacion de amor, metiéndose voluntariamente en su miserable red, de lo cual para salir despues habrán de padecer no pequeño trabajo. Otros se dejan llevar desta locura por vanidad, pareciéndoles que no es pequeña gloria el prender y ligar los corazones con amor; y estos, como hacen su eleccion por vanagloria, echan sus anzuelos y tienden sus redes en lugares espaciosos, relevados, raros y ilustres. Otros se dejan llevar tanto por su inclinacion amorosa como por su vanidad, y juntan estas dos cosas; y

así, aunque estos tengan el corazón inclinado al amor, no por eso quieren emprenderle sin alguna ventaja de gloria. Estas amistades son todas malas, locas y vanas. Malas por cuanto á la fin se terminan y acaban en el pecado de la carne, y que las tales roban el amor, y por consiguiente el corazón á Dios, á la mujer y al marido, en quienes debía estar. Locas, por cuanto no tienen fundamento ni razón. Vanas, porque no traen ningun provecho, honra ni contento; ántes por el contrario, pierden el tiempo y embarazan la honra, sin dar ningun gusto, sino el de una ansia de pretender y esperar, sin saber lo que se quieren ni lo que se pretenden; porque les parece siempre á estos apocados y flacos ánimos, que hay un no sé qué, digno de desear en las muestras que les dan de reciproco amor; sin que sepan decir qué sea la razón de que su deseo no se termine jamas, sino que ántes aumentándose siempre, los aprieta el corazón con perpétua desconfianza, inquietud y celos.

San Gregorio Nazianzeno, escribiendo contra las mujeres vanas, habla maravillosamente sobre este sujeto. Esta es una pequeña parte, y buena para entrambos sexos: « Tu natural hermosura basta para tu marido; que si esta es para muchos hombres como una red tendida para una tropa de pájaros, tal verás que te agrada, á quien también agrada tu hermosura. Entónces pagarás una ojeada con otra y un semblante con otro, siguiendo luego las risas y dichos amorosos, arrojados al principio á hurto; pero domesticándose, bien presto se pasará á manifiestas desevolturas. Guárdate bien, ó lengua mia parlera, de decir lo que despues sucederá; con todo eso, no dejaré de decir esta verdad. Ninguna cosa de cuantas la gente moza dice y hace en estas juntas y locos discursos está libre de agudos anzuelos, que tiran y llaman á mil viciosos enredos; todas las patrañas destes que se llaman enamorados están eslabonadas la una con la otra, y se siguen ni más ni ménos que un hierro tocado de la piedra imán, que tira á sí consecutivamente otros muchos. »

¡ Oh qué bien dice este gran obispo ! ¿ Qué es lo que piensas hacer ? ¿ Dar amor ? No. Mas nadie da de buena gana que no tiene lo necesario. Quien gana, es ganado en este juego. La yerba aproxis recibe y concibe el fuego luego que le ve: nuestros corazones son de la misma manera; porque luego que ven un

alma inflamada de amor por ellos, al mismo punto se abrasan por ella. Diráme alguno que bien querrá tomar ó recibir amor, pero no mucho. ¡ Ah pobre de ti, y cómo te engañas ! que este fuego de amor es más activo y penetrante de lo que te parece. Entenderás no recibir sino una centella; pero espántaste no poco de ver que en un momento se habrá apoderado de todo tu corazón, reducido en ceniza todas tus resoluciones, y en humo tu reputacion. El Sábio se lamenta: « ¿ Quién tendrá compasion de un encantador picado de la serpiente ? » Y yo me lamento despues dél: ¡ Oh locos y desatinados ! ¿ pensáis encantar al amor para poderle manejar á vuestro apetito ? ¿ Quereis os burlar con él ? Él os morderá y picará hasta lo vivo. ¿ Sabes tú pues lo que dirán despues ? Todos se burlarán de ti, y se reirán de que hayas querido encantar al amor, y de que debajo de una falsa seguridad hayas alojado en tu seno una culebra tan peligrosa, la cual te ha echado á perder y destruido alma y honra.

¡ Oh Dios, y qué ceguera es esta ! querer jugar al fiado sobre prendas tan frivolas la principal pieza de nuestra alma ! Sí, Filotea: esto es así, porque Dios no quiere al hombre sino por el alma, ni el alma sino por la voluntad, ni á la voluntad sino por el amor. Fuera desto, no tenemos ni con mucho hartos amor, segun el que habiamos menester; quiero decir, que nos falta amor en infinito para el que debriamos tener para amar á Dios, y no obstante esto, le desperdiciamos y derramamos en cosas locas, vanas y frivolas, como si tuviéramos demasiado. Nuestro Dios, como quien se reservó para sí el solo amor de nuestras almas en reconocimiento de su creacion, conservacion y redencion, nos pedirá cuenta bien estrecha destes nuestros locos placeres; que si sabemos que ha de hacer un exacto exámen aun de las palabras ociosas, ¿ qué hará de las amistades ociosas, impertinentes, locas y perniciosas ?

El nogal daña grandemente las viñas y campos donde está plantado, que, como es tan grande, tira á sí toda la virtud de la tierra, la cual no puede despues bastar al nutrimento de las demas plantas. Su hoja es tan espesa, que hace una sombra grande y cerrada, tirando á sí los pasajeros; los cuales, por coger de su fruto, dañan y pisan su contorno. Estos amores vanos hacen los mismos daños al alma, porque la ocupan de

manera y tiran con tanta fuerza sus movimientos, que queda despues imposibilitada de ninguna buena obra. Sus hojas, esto es, sus entretenimientos, y divertimientos y atraimientos son tan frecuentes, que disipan y pierden todo el tiempo; y en fin, tiran á sí tantas tentaciones, distraimientos, sospechas y otras consecuencias, que tienen todo el corazon destruido y dañado. Y últimamente, digo que estos amores vanos destierran, no sólo al amor divino, mas tambien el temor de Dios, debilitan el espíritu, menguan la reputacion; son, en una palabra, el juguete de los corazones, mas son la peste dellos.

CAPÍTULO VI.

DE LAS VERDADERAS AMISTADES.

Amarás á todos, Filotea mia, con un amor grande y caritativo, pero no tendrás amistad sino con aquellos que puedan comunicar contigo cosas virtuosas; y quanto más exquisitas serán las virtudes que comunicares, tanto más será tu amistad perfecta. Si comunicas las ciencias, tu amistad será sin duda digna de alabanza; y más si comunicas las virtudes, como la prudencia, discrecion, fuerza, justicia. Pero si tu recíproca comunicacion fuere de la caridad, de la devocion y de la perfeccion cristiana, ¡oh, buen Dios, y cuán preciosa será tu amistad! Será excelente porque viene de Dios, excelente porque mira á Dios, excelente porque su atadura es Dios, y excelente porque durará eternamente en Dios. ¡Oh cuán bueno es amar en la tierra como se ama en el cielo, y aprender á querernos en este mundo como haremos eternamente en el otro! Y no trato del amor simple de caridad, porque este debemos tener á todos los hombres; sólo hablo de la amistad espiritual, por la cual dos ó tres ó más almas se comunican su devocion, sus deseos espirituales, y se hacen entre ellas de un solo espíritu. Con justa razon podrán cantar estas dichosas almas: « ¡Oh cuán bueno y cuán agradable es el habitar los hermanos juntos! » Si, porque el bálsamo regalado de la devocion, destilado de uno en otro corazon por una continua participacion, se puede decir que Dios derrama sobre esta amistad su bendiccion y la vida hasta los siglos de los siglos.

Paréceme que todas las otras amistades no son sino sombras, comparadas con esta; ni sus ligaduras sino cadenas de vidro ó frágil barro, para con las ligaduras de la santa devocion, que son todas de oro.

No hagas pues amistades de otra manera: quiero decir, de las amistades que tú hicieres; porque no se debe por esto dejar ni menospreciar las amistades que la naturaleza y las precedentes obligaciones te obligan á entretener, como de los parientes, de los aliados, de los bienhechores, de los vecinos y otros; sólo hablo de las que tú por tu eleccion escoges.

Muchos te dirán (podrá ser) que no se ha de tener ninguna suerte de particular aficion ni amistad, por cuanto estas ocupan el corazon, distraen el espíritu y engendran las pesadumbres, mas engañanse en su consejo: que como han vistó en los escritos de muchos santos y devotos autores que las amistades particulares y aficiones extraordinarias dañan infinito á los religiosos, piensan que se entiende lo mismo con todos los demas del mundo. Pero la diferencia es grande: porque, debajo de que en un monasterio bien reglado el disignio comun de todos mira á la devocion, no es necesario el hacer particulares comunicaciones (de miedo que buscando en particular lo que es comun, no se pase de las particularidades á las parcialidades); pero quanto á los que están entre los mundanos y que abrazan la verdadera virtud, les es necesario el alentarse los unos á los otros con una santa y sacra amistad, porque por este medio se animan, se ayudan y se encaminan al bien. Y como los que caminan por el llano no han menester darse la mano, sino los que se hallan en caminos ásperos y escabrosos, porque entónces se asen y ayudan los unos á los otros para caminar con más seguridad; así los que están en las religiones no tienen necesidad de particulares amistades, sino los que están en el mundo, para ayudarse y socorrerse los unos á los otros en el pasaje de tantos peligrosos pasos. En el mundo no todos conspiran á un mismo fin, ni todos tienen un mismo juicio. Menester es pues, sin duda, ponerse aparte y hacer amistades segun nuestra pretension; y esta particularidad hace una parcialidad, pero parcialidad santa; la cual no hace ninguna division, sino la del bien y el mal, de las ovejas y las cabras, y de las abejas y los zánganos: separacion necesaria.